

no lo tienen María Luisa Bombal ni Marta Brunet. Falta un balance final del estudio y respuestas a preguntas tan inquietantes como éstas: ¿Qué han hecho los novelistas de Chile desde el momento en que el género empieza a tener representación? ¿Cuáles han sido los temas y las preocupaciones principales? ¿Qué sucesos sociales, económicos y políticos han empujado la imaginación de nuestros pro-sistas? ¿Qué porvenir puede augurarse, con representación de más de un siglo, a nuestra literatura de ficción; qué problemas se están abandonando y cuáles surgen en la actualidad de modo más intenso? La dirección social de nuestra narrativa, ¿qué semejanzas o diferencias ofrece respecto de novelística parecida en las naciones vecinas? Etcétera. Esta ausencia de lo problemático en el libro de Silva Castro le confiere cierto estatismo, pero no disminuye sus reales méritos, que son numerosos. Desde luego, se puede recomendar sin ambages por el vacío que con él concluye y la nueva luz que trae.—*Juan Loveluck.*



“UN FESTÍN PARA ADALBERTO”, de *Jorge Onfray*. Santiago de Chile, 1956

Sin duda, a Marcel Proust le debemos la técnica literaria y la fruición de evocar los hechos que ya fueron. Unas veces será el tiempo perdido. Otras, los mínimos lapsos de vida que se van proyectando hacia el porvenir. En ambas posturas hay un placer por el detalle minúsculo, por las vibraciones que van formando la totalidad del vivir del hombre, con sus fantasmas y con sus visibles y concretas circunstancias.

Cuando una obra literaria fluye con lentitud, con cierta morosidad, pensamos en Proust y en Joyce. Aunque, muchas veces, ese pensamiento no tenga otras razones que las de una resonancia sensible.

Jorge Onfray ha escrito una obra de finas irisaciones irónicas. Con frecuencia, esboza la fuga poética. Pero la idea fija de seguir

rectamente el hilo de su narración le hace desdeñar la tendencia poética, que se vislumbra en varios pasajes, de su *Festín para Adalberto*.

El tema es sencillo, aunque no exento de complicaciones psicológicas. Diríase que es una obra de clave, con personajes conocidos, con situaciones que forman parte del vivir y convivir en los ámbitos literarios nacionales. Tal vez esta presunción amengua la significación del libro, escrito con galanura, en una prosa de gran pureza, sin preciosismos.

Ya en las primeras líneas, conocemos el problema de un hombre que ha tenido la desgracia de imaginarse un gran poeta. Con lentitud ha de vestirse para ir a recibir el homenaje de una serie de individuos, que, posiblemente, no conocen la verdadera trascendencia de la obra celebrada. Pero el escritor habrá de llegar hasta ellos, con sus problemas y con sus dudas.

Adalberto elige las prendas que ha de vestir. Y sobre cada una de ellas hace unas interesantes observaciones, ya que su presencia desata en su sensibilidad alterada, un caos de asociaciones.

Alguien ha dicho que la mujer medita mientras que se desnuda, como si las prendas que ceñían su cuerpo pronunciaran palabras de alabanza y de admonición. Y no han faltado quienes afirman que los varones orientan sus pensamientos y sus programas a medida que van embutiéndose en su indumentaria ciudadana. Ahora bien, lo cierto es que Adalberto, contrafigura del autor de esta obra, tiene sus dudas y afirmaciones al compás de su meticulosa tarea, frente a un espejo que le devuelve sus preocupaciones y sus gestos, tal vez deformados, con trazos de esperpento.

La gloria, la fama, ese sueño "que a cualquier viento se deshace en humo", le inspiran a Jorge Onfray unas meditaciones, esencialmente irónicas. En el momento de iniciarlas, su protagonista está desnudo. Cuando haya terminado de vestirse, por su mente habrán cruzado, como un balanceo, el anverso y reverso de la gloria. He aquí su técnica:

"La gloria es abrir los ojos a la mañana, y la mañana refulge, muy azul, y todo está metamorfoseado: cosas, seres, pensamientos que

el día anterior eran hostiles o indiferentes están a nosotros sojuzgados”.

En este momento Adalberto ha ceñido una de sus prendas íntimas. Otra observación le sale al paso: “Mas para eso hay que morirse”.

Y cuando, ya completada la indumentaria, coloque en el bolsillo de su vestón el pañuelo de batista, habrá dado cima a la más profunda de sus ideas acerca de la gloria: “Sacrificio que se realiza en aras de un nuevo vivir, más solemne y violento: el llorar a lagrimitas o reírse por lo bajo, las doctorales pláticas que dejan excitado el seso, la soberbia, las responsabilidades, el trabajar, el vigilante ajeteo, el desasosiego en casa, la aspereza de cada hora”.

Desfilan por estas páginas típicos ejemplares del mundo de las letras. Brindan sus gestos e insinúan su voz el poeta hermético, el escritor costumbrista, el orador campanudo, la mujer que organiza banquetes y distribuye credenciales para los evanescentes dominios de la gloria, la fémina de amplias morbideces lácteas que sufre estremecimientos cada vez que las musas soplan en sus oídos la música de sus caracolas.

Jorge Onfray ha dibujado perfectamente a tan esencial tipo femenino. Otros personajes están intuídos, adivinados en sus múltiples posibilidades. Por ejemplo, en un momento de incertidumbre, Adalberto resume: “Cuádrase Abel, el mejor amigo; Hilario, filósofo, sonrío; Don Floro, diletante, brinca; Don Tito, costumbrista, se dobla. Cada uno igual que siempre, y todos dinámicos maniqués, como en una pantomima. En perfecto orden, jerárquico: de menor a mayor. Y como en el Nuevo Testamento, ¡el último será el primero!”

El ir y venir de los personajes oscila febrilmente. Cada uno de los diálogos, cada una de las múltiples y silentes insinuaciones conducen al desenlace de esta obra, bellamente escrita, pero muy apta para desorientar al honrado lector.

¿Acaso el festín era para Adalberto?

“Pero ¿qué estaba ocurriendo? Entre Don Máximo Augusto y la Vicepresidenta, que en ausencia de otros eran los más importantes,

el asiento principal, que debió permanecer vacío, ¡estaba ocupado! Era inútil preguntar”.

Jorge Onfray ha encubierto en la figura de personajes que se adivinan un caudal de vivencias. Los diálogos, tan sólo insinuados, consiguen ir asentando los naipes de un tremendo castillo, que se viene abajo de un simple manotazo. Tal puede ser la vida de algunos personajes.

Su prosa es de gran pulcritud, sin concesiones de mal gusto. Y el tema, caótico en apariencia, como el pensar que brota a intermitencias en el cerebro de un hombre acosado por diversas solicitudes, va dando en plurales blancos. He ahí uno de sus muchos méritos, que hacen pensar en las posibilidades de un escritor dotado de una flexible vena humorística.—*Vicente Mengod.*

■

“SITUACIÓN DE LA ANGUSTIA”, poemas de *Pablo García*

Conocido también como ensayista de honda estirpe y como cuentista de atrevida búsqueda, el poeta del sur, Pablo García, trae ahora un mensaje por donde los elementos dispersos de variadas influencias se confabulan en unidad que lo entronca a la corriente existencialista. Desde los textos bíblicos hasta Rilke; desde su preocupación por el devenir y el problema de la nada y el tiempo, a través de preferencias literarias y filosóficas muy evidentes, García busca, en un interrogarse permanente de su destino, la raíz, causa, origen, fin de lo que en su libro último constituye el hilo conductor de su hacer lírico: la angustia. Su mundo poético que va de los años 1949 al 52 está signado por el sino irremediable de un círculo sin salida. Poesía en cerrazón la suya, en cuyo centro, como un astro, la muerte oficia en cada uno de los estados de angustia que el poeta ausculta en el *diario morir*. Pero no se crea que Pablo García practica una poética adobada en meras influencias sino que ella alcanza una digna tonalidad personal al contacto de una lúcida información filosófica. Ha